

cada cosa en su sitio de la manera conveniente, pase á otros relatos, vencido el caso, y retroceda cuando sea oportuno. Ponga particular estudio en abreviar cuanto pueda, distribuyendo su materia cronológicamente; vuele de la Armenia á la Media, y desde allí sacuda de nuevo sus alas en la Iberia, luego en Italia, sin perder uno solo instante. Sea su espíritu semejante á un espejo nítido y claro, retratando tal como la recibe la imagen de los objetos, sin ningún elemento extraño, sin diferencia de color y de figura.

»Con efecto, los historiadores no deben escribir como los oradores, sino referir lo que acontece, sin hacer otra cosa que coordinarlo. Conviene en suma, que el historiador se repunte semejante á Fidias, á Praxiteles y á Alcámenes. Estos no hacían el marfil la plata ni el oro, sino que modelaban cada uno de estos metales como se los suministraban los eleos, los atenienses, los argios: serraban el marfil, lo pulían, lo encolaban, lo ponían en su lugar, y aplicaban encima un poco de oro; consistiendo su arte en disponer la materia según la necesidad lo requiera. Toca al historiador dar cima á la misma tarea, es decir, disponer los hechos con tanto orden y explicarlos con tal claridad, que el que le escucha crea haberlos visto.

»Después de haber dispuesto cada cosa, empiece su prólogo con tal de que no exija preparación el asunto. Si hace un prólogo, reclame solo dos cosas y no tres á semejanza de los oradores; y dejando á un lado lo que atañe á la benevolencia, solicite la atención y la docilidad de sus oyentes. Le prestarán atención si habla de cosas grandes, necesarias, prácticas y provechosas. Serán dóciles si les presenta con claridad aquello de que habla, exponiendo ante todo las causas, y remontándose al origen de los sucesos. Un prólogo imponente debe ir seguido de hechos que estén enlazados con él íntimamente; y no siendo otra cosa la historia que una narración no interrumpida, debe encadenar una transición fácil y natural las diversas partes del relato.

»Sin embargo, vaya ornado este relato con algunas galas; proceda por un método igual y compacto; sea siempre semejante á sí mismo, sin encumbrarse ni decaer, y produciendo la claridad hija de la concordia de los hechos. No será perfecto mientras no sujete como con una cadena lo que antecede á lo que sigue; no parezca que coloca muchos relatos unos al lado de otros, sino que se enlaza el primero con el segundo y con los últimos, por oportunos intermedios.

»Es utilísima la rapidez en toda tarea, y especialmente donde abundan las cosas de que se necesita dar cuenta. Conviene, pues, ser breve, cercenando, no en palabras, sino en hechos, es decir, resbalando velozmente sobre las cosas de poca importancia y menos precisas, á fin de hablar con extensión de las grandes.

»Se requiere sobre todo atención cuando se trata de la descripción de montes, mares y ríos. Observad cuan compendiosa es la forma de Tucídides cuando describe una máquina, ó expone el curso de un asedio, cosa útil en sí misma y necesaria, ó cuando bosqueja la figura del Epípoli ó puerto de los siracusanos. Cuando el historiador juzgue oportuno hacer hablar á alguno, diga cosas adecuadas á las personas y á las circunstancias, y siempre con la mayor claridad. Sean las alabanzas y las censuras modestas, circunspectas, y nunca calumniosas; sean breves, demostradas y colocadas en su lugar correspondiente. Si hallais alguna fábula en vuestro camino, referidla aunque sin afirmarla, para que cada cual conjeture lo que le plazca, y os pongais á cubierto de la censura. Por último, repetiré á menudo el consejo de escribir, no contemplando sólo el tiempo presente para ensalzar y honrar á los hombres del día, sino trasladándose mentalmente á todos los siglos, ó más bien diré que se escriba para las generaciones venideras, esperando de ellas la recompensa prometida á los buenos escritores, y haciendo de manera que se expresen en la forma siguiente: *Este fué un hombre libre é ingenuo: no se advierte en lo que dice adulación ni vileza, sino la verdad en todo.* Aquel que está dotado de recto juicio considerará el fallo de la posteridad como superior á las estrechas y limitadas esperanzas de esta vida. Tal fué la conducta de aquel arquitecto de Gnido que, después de haber erigido la torre del Faro, escribió en lo interior su nombre sobre la piedra, y dándole un baño de cal enseguida, trazó el nombre del rey, previendo lo que sucedió realmente. Con efecto, desprendiéndose las letras del muro con el baño de cal, dejaron en descubierto: *Sótrato, hijo de Desifanes, de Gnido, á los dioses salvadores de los navegantes.* No tuvo en consideración su tiempo, conociendo la corta duración de la vida; pero su arte será honrado ahora y siempre, mientras continúe en pie el Faro. De este modo conviene escribir la historia, con verdad, fiándose en el porvenir, y no captándose los elogios de los contemporáneos á fuerza de lisonjas.»

CAPITULO XX

HISTORIADORES

»Hasta qué punto siguieron estos consejos los historiadores que vivían en aquella época?

Tácito, 54-134?—Cornelio Tácito se eleva como un águila sobre todos. Natural de Terni en la Umbria y de familia plebeya, educado en las escuelas de los declamadores y de los estoicos, contrajo alguno de sus defectos y llegó á ser allí admirador de las antiguas virtudes romanas. Adquirió en sus sentimientos y en la lectura de lo que habían producido los filósofos más puros, horror á todo lo que era servil y bajo, así como la penetración de que hizo uso para sondear el corazón humano en sus más ocultos repliegues. Militó, luego se hizo abogado. Ejerció las funciones de cuestor, y de pretor bajo Domiciano, vió la Germania y la Bretaña, y fué también promovido al consulado. Su vida fué larga y más tranquila de lo que induciría á suponer el descontento severo que reina en sus escritos.

En medio de aquéllos asombrosos contrastes de buenos y de malos príncipes, de aquella lucha del bien y del mal, se detuvo á contemplar en silencio la marcha de los acontecimientos, y antes de exponerse á las miradas del público aguardó la madurez de los años. Tenía más de cuarenta cuando escribió por gratitud la vida de Agrícola su suegro. En esta obra elevó la biografía á la dignidad de la historia, haciendo entrar en ella los sucesos relativos á un pueblo nuevo (los bretones), de quién supo recoger las más notables particularidades.

Enseguida emprendió la descripción de la Germania, y marchando sobre las huellas de César pintó las costumbres de los pueblos que la habitaban. Parece que adivinando una invasión inminente por su parte, hubiera querido poner el imperio á cubierto del peligro, haciendo fijar la vista en las costumbres groseras, si bien honradas de aquellas ordas bélicas que amenazaban á la corrom-

pida civilización de los romanos. Esta pequeña obra es uno de los trabajos más importantes de la antigüedad, y un modelo acabado del arte de decir mucho en pocas palabras, aunque las alabanzas concedidas al autor no hayan permanecido siempre á prueba del progreso de los estudios. En lo concerniente á los hechos es en general verídico, habiéndolos presenciado por sí mismo, ó aprendiéndolos de su padre. Pero al trazarlos, abusa de una especie de moral que le sugiere su disgusto de la sociedad romana, lo cual hace que para oponer á la corrupción de su siglo la rectitud vigorosa de las naciones nuevas, caiga en las extravagancias de los numerosos encomiadores de la vida salvaje. Como no sabía la lengua teutónica, hubo de engañarse en muchas cosas, é inclinado como todos sus conciudadanos á no ver en ninguna parte más que usos romanos, halló los dioses de Grecia y Roma en la Germania (1). Cuando aquella comarca, apenas abierta por las armas, ofrecía aún á la curiosidad poco afanosa de los romanos, una porción de misterios, empleó las equivalencias inexactas de una civilización totalmente distinta para traducir las imperfectas noticias que recogiera. Aumentanse además la vaguedad y la incertidumbre por la expresión misma que en su concisión estudiada no basta ni con mucho á transmitir lo que el escritor ha concebido, ó se halla empleada en un sentido diverso del que tiene comunmente. Esto no quita á Tácito, aunque lo disminuye, el mérito de ofrecernos las primeras páginas de la historia moderna.

Después de haber probado de este modo sus fuerzas, emprendió la historia de Roma en treinta

(1) Al oír la palabra *Mar*, adjetivo teutónico que significa glorioso, y el vocablo *Heri* ó *Kerl* aplicado á Odín, formó Mercurio. Y así respecto de otros.

libros desde Galba hasta Nerva. Reservó para su vejez el reinado de este príncipe y el de Trajano, como un tema más rico y menos peligroso (2). Dejó incompleto este proyecto, pareciéndole que era más conforme a su genio describir en forma de anales las atrocidades de los cuatro primeros sucesores de Augusto. A pesar del cuidado que dedicó uno de sus descendientes ascendido al imperio, a multiplicar los ejemplares de sus obras (3) se han perdido gran parte de ellas. De sus historias no quedan más que los cuatro primeros libros y el principio del quinto, que no abarcan más de un año, el 69 de Jesucristo. Esto indica que debían ser numerosos. Quedan seis de los *Anales* con muchos vacíos; todo lo que bosquejaba el fin del reinado de Tiberio, el de Calígula y gran parte del de Nerón ha perecido. Del resto nos queda menos, cuando tanta importancia le habría dado describirnos el cambio de dinastía.

Después de Herodoto y Tito Livio, que son poetas, de Polibio y Jenofonte, que son escritores políticos, Tácito, historiador y filósofo, es el eslabón que enlaza los antiguos con los modernos. Antes que otro alguno hizo descender la historia a los cuadros de lo interior y de las costumbres, ejercitando su insigne habilidad dramática bajo el techo doméstico no menos que en el foro ó sobre el campo de batalla. No se atiene únicamente a su patria, antes bien se fijan sus ojos asimismo en los nuevos mundos del Norte y del Oriente. No olvidando nunca el sublime sacerdocio del historiador, juez severo de la moralidad, honra a la virtud hasta cuando sucumbe, y ataca al vicio por muy poderoso que se ostente. Aplica a cuanto se presenta a sus ojos la crítica, y la reflexión, y el sentimiento; lo aprecia como juez implacable y pronuncia con una sola palabra su sentencia. Por insignificante que sea un hecho, nunca lo narra sin remontarse a sus causas y sin desenvolver sus consecuencias. Pero como la política entra en su sentir en todo, incluso las acciones más sencillas, escudriña los motivos más distantes y complicados, lo cual le hace incurrir á veces en el exceso de la argucia más refinada, y le pone en el caso de verlo todo bajo un aspecto tan sombrío, que hasta parece riguroso respecto de un siglo tan depravado. Honrado en el fondo del corazón, siempre virtuoso hasta en el énfasis, ama la libertad apasionadamente, si bien no sabe concebirla más que bajo las anticuadas formas de la república: reconoce no obstante que es posible mostrarse magnánimo aún á las órdenes de príncipes perversos, y que entre la servidumbre abyecta y la resistencia peligrosa, existe un modo de vivir exento de peligro y de

(2) «Principatum divi Nervæ et imperium Trajani, uberiorem securioreque materiam, senectuti se posui.» *Historia*, I.

(3) El emperador Tácito que no reinó más que seis meses.

vileza (4). Al mismo tiempo que condena á los tiranos á eterna infamia, sabe encomiar á un Nerva porque asocia la libertad al poder supremo, á un Trajano bajo el cual todo hombre es libre de pensar lo que quiere y de decir lo que piensa.

Pero, ¿qué pensaba el mismo Tácito de su tiempo? ¿Creía que la sociedad debía derrumbarse de abismo en abismo? ¿No alcanzaba que pudiera aplicarse remedio? Se inclina uno á creer que no le ocurría, puesto que no propone ninguno. ¿Qué elección hace entre aquella porción de supersticiones de que instruye á su lector fielmente, respetándolas como instituciones políticas y nacionales, y una divinidad que abandona á aquél exceso de corrupción su más bella obra? ¿Rechaza verdaderamente las esperanzas cifradas en otro orden de cosas, creyendo que *los dioses se ocupan, no de la salvación, sino de la venganza*? Esto es lo que no se puede afirmar de una manera positiva, porque ejerce su observación con la frialdad de un anatomista que disecciona un cadáver y descubre la úlcera que ha causado la muerte. Si en el curso de esta investigación encuentra bajo su escalpelo alguna parte en que se manifiesta el progreso de una vitalidad reciente, la trata con la misma sangre fría, y describe el suplicio de los cristianos como el de tantas otras víctimas, cuya sangre no hace más que brindar un espectáculo al tirano y al pueblo.

Os estrema la pintura uniforme de las atrocidades y de los desórdenes de los emperadores de quienes bosquejó la historia, la dócil vileza del Senado, la indiferencia brutal del pueblo; pero en vano le preguntareis como han descendido hasta aquél extremo los hijos de los Catones y de los Brutos: en vano le preguntareis el secreto de aquella profunda habilidad con cuyo auxilio puso Augusto freno al pueblo, corcel indomable, y como los antiguos republicanos, segados por la guerra y por las proscriciones, no dejaron otra herencia que resignación y debilidad.

Produce no obstante placer y provecho ver á un escritor sin mancha en medio de la corrupción general, mostrar en el hombre la existencia de algo superior al poder de los tiranos y que no pueden arrancar ni aún con la vida.

Este tipo antiguo de las sutilezas políticas modernas, este filósofo á estilo de Rochefoucauld, proscribió de su obra todo modo de concebir y de exponer natural y sencillo: forma un conjunto artificial que le pertenece de una manera exclusiva: dotado unas veces de rápida vivacidad, otras de majestad tranquila, aparece siempre original por no decir más ni menos. No hay que buscar en sus escritos expresiones floridas, lujo de imágenes, cadencia ni períodos: no busca el arte de agradar, sino que quiere que se medite, que cada frase ins-

(4) «Liceatque, inter abruptam contumaciam et deformem obsequium, pergere iter, ambitione ac periculo vacuum.» *Anales*, IV, 20.

truya, que cada palabra contenga un sentido, una enseñanza, y sea de consiguiente precisa en cuanto á su objeto, vaga respecto de su alcance. Por eso Tácito, á pesar de sus defectos, ha merecido alabanzas de todo el que leyendo medita (5) y ser llamado por Bossuet el más grave de los historia-

(5) Es muy singular la estimación profesada por muchos príncipes á este acérrimo enemigo suyo. Cristina de Suecia leía cotidianamente algun pasaje de su historia: siempre le tenía en la mano el papa Paulo III, del mismo modo que Cosme de Médicis. La tradujo el marqués de Espinola, general famoso; León X hizo imponderables promesas al que hallara algun escrito suyo más de lo poco que se poseía en su tiempo, y que había sido publicado en 1468 por Vindelino de Spira. Con efecto, Angelo Arcimboldi descubrió en el monasterio de Corvey, en Westfalia, un manuscrito que contiene los cinco primeros libros de los *Anales*, dados á luz en 1515.

Cuéntase que Napoleón tuvo la siguiente plática, á propósito de Tácito, con Suard, uno de los secretarios perpetuos del Instituto de Francia: el hombre de acción con el hombre de letras, el hombre práctico con el artífice de preceptos:

«No os parece, decía el emperador, que Tácito, á pesar de su gran talento, no es de ninguna manera modelo para la historia ni para los historiadores? Como es profundo, supone profundos designios en todo lo que se hace ó se dice; y sin embargo nada hay en el mundo más raro que estos designios.

«Eso es verdad, respondió Suard, verdad incontestable en cualquier otro punto: pero en Roma eran muy comunes. Durante los seiscientos años de la república, en todo se procedió por designios y por ejecuciones: durante el imperio se abandonaron demasiado á las pasiones los soberanos del mundo, pero no se abandonaron á la casualidad bajo ningun concepto. Tiberio, á pesar de estar lleno de extravagancias, reflexionaba en el fondo de las cosas.

«NAPOLEÓN.—Tácito debió empaparse en el espíritu del imperio, cuya historia trazaba, y conservó por el contrario el de la república. También yo desearía la república, más no cabe en lo posible, etc.

«SUARD.—Señor, Tácito comprendió mejor que ningun otro historiador de la antigüedad como el más alto poder del príncipe puede hermanarse con la mayor libertad de los pueblos, hermanamiento que considera como una rara ventura.

«NAPOLEÓN.—No importa, es historiador de un partido, y el pueblo romano no era del partido de Tácito. Amaba á los emperadores con que Tácito quiere infundirnos miedo, y nunca se ama á los monstruos. Las atrocidades del imperio nacían de las facciones.

«SUARD.—Perdonad, señor; á la sazón no había pueblo romano en Roma, sino una plebe, hacinamiento del universo todo, que aplaudía con arrebató al peor de los emperadores, convertido en cómico, con tal de que ella tuviese pan y los juegos del circo.

«NAPOLEÓN.—¿Y os parece su estilo exento de censura? Después de haber leído uno á Tácito se pregunta cómo piensa. Me gusta que un historiador proceda más claramente. En esto nos hallaremos acordes. ¿No es verdad, señor secretario?»

Pero el secretario no tuvo tiempo de replicarle.

Véase GARAT.—*Memorias históricas sobre la vida de Suard*, París, 1819.

dores, por Racine el más insigne pintor de la antigüedad; por eso le han apreciado siempre los que en medio de las calamidades públicas tienen necesidad de extremecerse y de vigorizar su carácter contra la seducción y los terrores.

Así como Tácito no tuvo modelo, quedó sin imitadores, porque para imitarle sería necesario vivir á semejanza suya en un imperio donde sin haberse olvidado la libertad se soportaba la servidumbre, reuniendo á tradiciones gloriosas una degradación innoble: se necesitaría haber pasado la primera mocedad en medio de guerras civiles en que disputaran dos facciones sobre cual de ellas daría al mundo peor soberano, y luego se necesitaría haber respirado bajo un Vespasiano, un Tito, haber temblado bajo un Domiciano, hasta un instante en que cabía desahogar la indignación del pecho bajo un Nerva en páginas largamente meditadas en la escuela del infortunio. Entonces estas páginas se hallarían impregnadas en la sublime tristeza del hombre que se ocupa de los males públicos, sin pensar en sí propio; tristeza acompañada de cuanto hay de enérgico, de grande, de sublime, y se derrama sobre la vida, sobre la mente, sobre todos los sentimientos profundos.

Tácito tuvo la ventaja de gozar de su gloria, aún cuando quizá lo debió menos á sus trabajos históricos que á sus versos y á sus discursos perdidos completamente para nosotros, así como á una colección de chistes, de que tuvo conocimiento el gramático Fulgencio Plauciades.

Suetonio, 70-121?—Cayo Suetonio Tranquilo, grande apreciador de antigüedades, de que hacía colección, poseía el anillo de un emperador, el sello de otro y una vieja estatuilla de bronce, que había pertenecido á Augusto. Con no menos celo y felicidad recogió anécdotas concernientes á los doce Césares. Conocía la fisonomía de cada uno de ellos, su modo de vestir, su apostura, sus delirios; á qué hora se sentaba cada cual á la mesa, cuántos platos se le servían, qué muebles decoraban sus aposentos, las agudezas que profería, las obscenidades en que hallaba recreo; y todo lo cuenta sin rebozo, sin elevación, sin reflexiones, sin talento. Frío y lacónico archivero de los Césares, sólo en la erudición se fija; poco le importa la moral, y es mucho si trata á Calígula de monstruo. No se inquieta por la política, ni aún siquiera se percibe de la gran revolución que se ha operado en el mundo desde César á Domiciano. En vez de seguir el orden de los tiempos, distribuye en categorías vicios y virtudes, á estilo de los panegiristas, separándolos así de los hechos de que son producto, y que les dan su significado, su valor, y sin indicar tampoco cual ha sido su influjo bueno ó malo en los destinos del príncipe ó en los del Estado.

Su estilo es correcto sin galas ni afectaciones. Además escribió algunas obras, como las vidas de los retóricos, de los gramáticos y quizá de los poetas, sobre los juegos de los griegos, sobre las palabras injuriosas y sobre el vestido de los romanos.

Veleyo Patérculo, 19 a. C.—31? d. C.—Veleyo Patérculo, oriundo de Campania, sirvió bajo Tiberio en Tracia y en Germania: ejerció funciones civiles y trazó la historia universal desde el origen de Roma hasta su tiempo; pero sólo nos ha quedado lo concerniente á Grecia y Roma desde la derrota de Perseo hasta el décimosexto año del reinado de Tiberio. Narrador sincero para los demás, adula bajamente á los Césares hasta el punto de suprimir y de alterar los hechos. En su sentir Germánico es un ocioso, Tiberio un dios, Sejano un héroe. Cuéntase también que Veleyo fué envuelto en la desgracia de este favorito, no como cómplice, sino como amigo (6).

Aunque su modo de escribir sea castigado, es desigual, y sólo recuerda el de Tito Livio para hacer resaltar la distancia que les separa. Se esfuerza á fin de que en pos de cada hecho vengan sentencias de efecto, propende á brillar con antitesias y con palabras retumbantes; trascienden á declamación tanto sus alabanzas como sus censuras, y después de haber narrado la muerte de Cicerón, fulmina contra Antonio inectivas de escuela, que caen en lo ridículo á fuerza de vehemencia.

Valerio Máximo.—A partir desde la caída de Sejano empezó Valerio Máximo (14) su colección de *Hechos y de palabras memorables* en nueve libros, cuyos materiales están reunidos sin discernimiento, dispuestos sin crítica y empleados sin gusto. Amanate de lo maravilloso, se adhiere con preferencia á los acontecimientos en que se nota prodigio, á las circunstancias que ofrecen alguna cosa extraña, lo cual no excluye á pesar de todo la verdad y sencillez de la historia. Así gozó de inmenso crédito en los tiempos intermedios en que fué copiado y recopiado mil veces y cargado de glosas. Sus defectos de estilo, su declamación constantemente fría y severa han inducido á suponer que la obra que poseemos ahora es un compendio de la suya, ó más bien un extracto hecho por un tal Julio París. Precédela un prólogo á Tiberio, abundante en viles lisonjas.

Justino, 138.—Justino dedicó á Marco Aurelio (7) un extracto de Trogo Pompeyo, que en tiempo de Augusto había escrito una historia en cuarenta libros titulada: *Filípica*, porque desde el séptimo libro trataba del imperio macedónico. ¡Debe imputarse á los abreviadores haber causado la pérdida de los originales, ó conviene agradecerles que nos hayan conservado alguna parte de sus escritos? A decir verdad es difícil considerar como un compendio la obra de Justino, que no carece de digresiones, y cuyo relato es siempre extenso,

(6) F. JACOBS.—*Des V. Paterculus röm. Geschichte übersetzt von*, etc. Leipzig, 1793.

MORGENSTERN.—*De fide historica V. Paterculi, imprimis de adulatione ei objecta*. Leipzig, 1800.

(7) Dado que esas líneas no hayan sido intercaladas en el manuscrito, pues su estilo indica una época posterior.

excepto cuando omite lo que no le parece curioso ó instructivo (8); pero altera la cronología, no sabe enlazar las diferentes partes de su narración y comete crasos errores: acaso es culpa del original á que también podría atribuirse el mérito de Justino.

A fin de asegurarse hasta que punto era fidedigno, han indagado los eruditos las fuentes en que había podido beber Trogo, no indicadas por su abreviador (9). En los seis primeros libros, que sirven como de introducción á la historia de Macedonia, ha seguido á Teopompo, traduciéndole casi en los cuatro libros siguientes, en que habla especialmente de Macedonia y de Persia hasta Dario Codomano. Lo que dice del reinado de Alejandro en los libros XI y XII, es totalmente conocido; no acontece lo mismo con las guerras de sus sucesores, en las que deja mucho que desear. Los libros XVIII hasta el XXIII nos han conservado preciosas noticias sobre los cartagineses antes de las guerras púnicas. Sin duda hubo de consultar el autor á Filarco, respecto de los acontecimientos sobrevenidos hasta la guerra de Filipo contra los romanos, y á Polibio respecto de los que se consumaron hasta Mitridates. Para el reinado de este último y para la historia de los partos casi no tenemos otro recurso que Justino, por no quedarnos cosa alguna de Posidonio de Rodas, á quien siguió según todas las probabilidades: acontece lo mismo con la historia de España contenida en el libro XLIV.

Floro.—Lucio Anneo Floro, probablemente español, escribió en cuatro libros el compendio de la historia romana (10), ó más bien un panegírico que está escrito en estilo tan poético, que hasta se encuentran á veces hemistiquios enteros de Virgilio. Resulta de esto que descuidó la cronología y pintó todo con brillantes colores, realza la cosa más mínima con el énfasis, con la interrogación que exige asombro. Muchos de sus pensamientos son ingeniosos, y amenudo se expresa con energía y precisión; pero el exceso de sentencias y de hinchazón poética hace frío y monótono el relato. Dice que los galos después de destruir á Roma, fueron acometidos á retaguardia por Camilo, y murieron en tanto número, que, «con la inundación de su sangre se apagó todo vestigio de incendio.» Las guerras de los galos servían á los romanos de piedra para afilar su valor; ocupando Fabio Máximo las alturas, descargó sobre el enemigo las armas «y fué hermoso ver casi del cielo y de las nu-

(8) *Omissis his, que nec cognoscendi voluptate jucunda, nec exemplo erant necessaria.*

JUSTINO.

(9) HEEREN, *De Trogi Pompei et Justini fontibus et auctoritate*, en las Memorias de la Sociedad de Gotinga, 1803, tomo XV.

J. CH. GATTERER, *von Plan des Trogius und seines Abkürzers des Justini.*

(10) Desde la fundación de Roma hasta que Augusto cerró el templo de Jano.

bes arrojar dardos sobre los habitantes de la tierra.» Si narra la expedición de Décimo Bruto á lo largo de las riberas célticas, asegura que no detuvo su marcha victoriosa hasta que vió el sol sumergirse en el Océano y en que oyó el chisporroteo producido por el disco al contacto de las aguas.

Incurrer en grave error los que suponen que su obra es un compendio de Tito Livio, pues se aparta con frecuencia de su texto: además aventura una idea que se acerca mucho á lo que denominamos filosofía de la historia, atribuyendo tres edades al imperio romano, la infancia, la pubertad y la virilidad, subdividiendo esta en dos siglos á los cuales les añade como corona la época de Augusto.

Curcio.—Algunos colocan en este tiempo á Quinto Curcio Rufo; otros en el reinado de Constantino. Pero como ningún autor antiguo le menciona, hay quien le cree un monje moderno, tanto más cuanto que carece de todo carácter propio. El que se satisfaga con considerar su obra como una novela y no se sienta disgustado por la hinchazón y por el tono sentencioso que reina en ella, hallará la narración clara y floridas las descripciones; pero inútilmente se hallará una historia. En vez de seguir el autor á los mejores biógrafos de Alejandro, se atiene desgraciadamente á los más crédulos y fabulosos, como Clitarco y Egesias, aunque pase en silencio y hasta ponga en duda algunos de sus prodigios (11). Jamás se inquieta por la cronología ni por conciliar los hechos contradictorios que recoge de uno y otro lado, ni por investigar si las fábulas ocultan alguna verdad importante. Sabía muy poco el griego, tenía escasísimas nociones del arte militar, ninguna de geografía, é ignoraba la astronomía completamente. Pone el Tanais allende el mar Caspio; dice que el Ganges viene del Sud; y volviéndose al Oriente hace desembocar el Indo en el mar Rojo que está al Occidente; coloca á Hora junto á las fuentes del Indo; confunde el Tauro con el Cáucaso, el Yaxartes con el Tanais, á la par que distingue el mar Caspio del mar de Hircania; el desierto que tantas fatigas costó atravesar, no es sino una marcha de tres días; la inmensa Babilonia apenas coge noventa estadios, y qué más? llega hasta hacer que se verifiquen los eclipses en la luna nueva (12). Revelan sus arengas un retórico que se empeña en hacer alarde de palabras sonoras, y de fastuosas sentencias, sin cuidarse de averiguar si se hallan en el lugar correspondiente. De este modo pone en boca de los escitas sentencias del pórtico griego, y en boca de los héroes fanfarronadas del teatro. Después de haber referido en cuantas indignidades empleaba Alejandro

al eunuco Bagoas, añade que los placeres del conquistador macedonio fueron siempre lícitos y naturales.

Dícese que bajo el reinado de Nerón se había descubierto, á consecuencia de un terremoto, el sepulcro del cretense Dictis, compañero de Idomeneo, en el sitio de Troya, y que dentro se había encontrado el relato de la famosa guerra escrita por él en caracteres fenicios, sobre hojas de palmera. Aún nos queda la obra falsa, resultado de esta impostura, traducida al latín en el curso del siglo II por Quinto Septimo.

Fenestela.—Otros historiadores de aquel tiempo se mencionan: Lucio Fenestela; pero el tratado *De los magistrados romanos* que se le atribuye, es del florentino Andrés Domenico Flocco; Servilio Noniano y Fabio Rústica, contemporáneo este último de Nerón y admirador de Séneca, ambos citados por Tácito; una griega llamada Panfila, que compuso en tiempo de Nerón una historia universal en treintitres libros; Suetonio Paulino, uno de los mejores generales de Nerón, refirió su expedición allende el Atlas en el año 41, y Plinio el mayor le cita frecuentemente: se apoya para lo relativo á Oriente en el testimonio de Licinio Muciano, que compiló una colección de discursos, de actas y de cartas de los antiguos romanos. Este último llevaba consigo una mosca viva como preservativo para la vista (13). Julio Secondo cuenta la vida de un tal Juliano Asiático; Vipsanio Mesala, la guerra entre Vespasiano y Vitelio: estos dos últimos figuran como interlocutores en el diálogo de Tácito *Sobre la corrupción de la elocuencia*. Cluvio Rufo bosquejó el reinado de Nerón, y las guerras civiles que precedieron al de Vespasiano. Se han perdido las obras de este escritor, pero sirvieron de base á las de sus sucesores. Como vivían en un tiempo en que la administración se envolvía en el misterio dentro de palacio, hubieron de atenerse á los rumores públicos, y omitir todo lo que podía desagradar á los tiranos.

Historia Augusta.—Los autores de la *Historia Augusta*, Esparciano, Lampridio, Vulcacio, Capitolino, Polión, Vopisco, escribieron bajo Diocleciano ó al poco tiempo. Biógrafos formados con arreglo al modelo de Suetonio más bien que historiadores, nos dan á conocer menos las grandes revoluciones operadas entonces que los vicios y las virtudes de los emperadores, su educación, su modo de alimentarse y de vestirse. Diríase que la confusión siempre en aumento en el imperio romano, pasó á sus narraciones faltas de orden y de estilo (14).

(13) PLINIO, XXVIII, 2.

(14) Catálogo de las vidas escritas por los autores de la *Historia Augusta*.

Príncipes.

Autores presuntos.

Adriano. Elio Esparciano.
Antonino Pío. Julio Capitolino.

(11) *Plura transcribo quam credo; nam nec affirmare sustineo de quibus dubito, nec subducere qua accepi.* Lib. IX.

(12) *Luna deficere cum aut terram subiret, aut sole premeretur*, IV, 10. Le Clerc ha demostrado sus yerros en su *Ars critica*.

Quizá solo Vopisco fué testigo de lo que narra; los otros escriben sin apoyarse más que en tradiciones inciertas, ó copiaron á los autores precedentes, cambiando de estilo y de modo de pensar según las fuentes en que beben. Pero desprovistos como están de criterio, después de copiar á un autor pasan á otro y sacan de allí los mismos hechos, sin apercibirse de la repetición, que á veces es hasta triple. ¿Qué confianza pueden inspirarnos?

Sin embargo, son los únicos que nos transmiten número de hechos y de costumbres durante los ciento setentiocho años que abarcan sus treinticuatro biografías, que parecen haber sido escogidas por un anónimo en tiempo de Constantino entre otras muchas.

Flavio Josefo, 37-95.—El judío Josefo en su *Vida* escrita por él mismo nos manifiesta que nació el primer año de Calígula, y que desciende por su madre de los Macabeos y de una familia sacerdotal por su padre. Siendo todavía mozo discutía con los doctores que llegaban á consultarle llenos de fe en su ciencia. Estudió las tres sectas que dividían á su país, y á fin de conocer la de los esenios vivió tres años en el desierto con Banun, que hacía una vida de las más ásperas, alimentándose con lo que le suministraba la tierra y haciendo hasta tres abluciones al día para mantenerse puro. Vuelto á Jerusalén tomó partido en favor de los fariseos y se dedicó á los negocios; luego cuando sus conciudadanos quisieron declarar la guerra á los romanos

Príncipes.	Autores presuntos.
Elio Vero.	Esparciano.
Marco Aurelio.	Capitolino.
Avidio Casio.	Capitolino.
Cómodo.	Vulcacio Galicano.
Pertinax.	Elio Lampridio.
Didio Juliano.	Capitolino.
Septimio Severo.	Esparciano.
Pescenio Niger.	Esparciano.
Clodio Albino.	Capitolino.
Caracalla.	Esparciano.
Geta.	Capitolino.
Macrino.	Capitolino.
Diadumeno.	Lampridio.
Heliogábalo.	Lampridio.
Alejandro.	Lampridio.
Los dos Maximinos.	Lampridio.
Los tres Gordianos.	Capitolino.
Máximo y Balbino.	Capitolino.
Los dos Valerianos.	Capitolino.
Los dos Galienos.	Trebelio Polion.
Los treinta tiranos.	Trebelio Polion.
Claudio II.	Trebelio Polion.
Aureliano.	Trebelio Polion.
Tácito.	Flavio Vopisco.
Floriano.	Flavio Vopisco.
Probo.	Flavio Vopisco.
Firmito, Saturnino, Próculo y Bonoso.	Flavio Vopisco.
Caro.	Flavio Vopisco.
Numeriano.	Flavio Vopisco.
Carino.	Flavio Vopisco.

se esforzó inútilmente á fin de apartarles de aquel designio. No permaneció ocioso en medio de las discordias intestinas que desgarraron á su país, y mandó un cuerpo de tropas en las guerras que produjeron la sumisión de la Judea. Hecho prisionero en Jotapa predijo el imperio á Vespasiano, lo cual le valió la libertad; y según costumbre de los libertos adoptó el sobrenombre de Flavio. Acompañó á Tito al sitio de Jerusalén y volvió en su compañía á Roma donde terminó su existencia.

Escribió en veinte libros las *Antigüedades judaicas* desde la creación del mundo hasta el duodécimo año del reinado de Nerón, no para uso de los hebreos, sino para dar á conocer á los griegos y á los romanos su nación, harto despreciada por ellos. Por eso omite cuanto hubiera podido mirar como supersticioso, teniendo siempre particular esmero en presentar su pueblo por el lado que más podía agradar á sus dominadores. Para él no son los libros sagrados más que documentos; y altera la noble y patética sencillez que los caracteriza, reproduciendo sus narraciones mutiladas, desleídas ó desfiguradas. Sin embargo llena un vacío de cuatro siglos en la historia de los hebreos, y suministra mil detalles de costumbres.

Cuando acomete después la empresa de referir en siete libros las *Guerras de los judíos*, en que fué testigo y actor, deja que se entrevea la intención de ser grato á los vencedores. «La guerra que ha estallado entre judíos y romanos, dice, es la más famosa, no solo entre las de nuestra época, sino quizá de todas las guerras de que se ha hablado de ciudad á ciudad, de nación á nación. No obstante, puesto que los que no asistieron á ellas, apoyándose en relaciones falsas y desacordes, las cuentan como gentes engañadas, y puesto que los que fueron testigos de los hechos, ora por adular á los romanos, ora por odio á los judíos, disfrazan la verdad y hacen de sus escritos, unas veces una acusación, otras un panegírico, nunca una historia exacta; yo, Josefo, hijo de Matías, de raza judía, nacido de Jerusalén, de linaje sacerdotal, habiendo hecho personalmente la guerra contra los romanos y asistido á los últimos acontecimientos, me he propuesto traducir al griego la historia que escribí en el idioma paternal para los extranjeros de las provincias superiores. Me ha parecido conveniente que no se desconociera la verdad sobre asuntos de tan grave importancia; y mientras que los partos, los babilonios, los árabes más distantes, nuestra nación más allá del Éufrates y los adiabenos, saben, merced á mi solicitud, como empezó la guerra, los accidentes que ocurrieron en su curso y su definitivo desenlace, es mi intento que aquellos griegos y romanos, que no han tomado parte en los sucesos, no continúen en las tinieblas sobre este punto por no haber leído más que adulaciones y falsedades.»

Tradujo, pues, al griego su obra escrita en hebreo moderno para presentársela á Vespasiano; y Tito mandó hacer una traducción latina. De este

modo fué transmitida á los dos idiomas literarios de aquel tiempo. Conociendo á fondo las sectas de su país ofrece el espectáculo instructivo de sus disensiones en el momento en que perecía la patria. Quedó satisfecho de ello el rey Agripa (15): se erigió á Josefo una estatua en Roma; y los primeros escritores cristianos le ensalzaron hasta las nubes, aunque una crítica sincera puede señalar en sus libros una porción de inexactitudes. También poseemos dos libros suyos contra Apión, que maltrató á los judíos en *las Cosas egipcias*; y por último un discurso en loor de los siete mártires Macabeos.

Filón.—Filón, que era también judío (n. 30 antes de Jesucristo), escribió el relato de su embajada á Calígula; compuso además bajo el título de *Virtudes de Calígula* cinco libros sobre los males que aquel loco rematado hizo padecer á los judíos. En otro lugar habremos de hacer mención de las opiniones filosóficas de este retórico prolijo.

Herennio Filón, n. 24 de C.—Herennio Filón trazó la historia de la Fenicia, su patria, y puso en griego la obra de Sanconiatón.

Arriano, n. 105 de C.—Arriano Flavio, de Nicomedia, discípulo de Epicteto, sirvió en los ejércitos romanos y llegó hasta el consulado. Había escrito la historia de los partos y de los bitinios, que ha perecido por desgracia; pero nos queda su *Vida*, cuatro de los ocho libros de las pláticas familiares de Epicteto, y doce de los discursos de este filósofo. De Arriano poseemos además el relato de siete expediciones de Alejandro, y es el mejor documento que se nos ha transmitido de aquel gran rey: para escribirlo se apoyó en Aristóbulo y en Tolomeo, compañeros del conquistador; y por último compuso otro libro concerniente á las Indias. Imita servilmente el estilo de Jenofonte, diciendo que así se le ha intimado por inspiración divina. Es de consiguiente conciso sin espontaneidad, y sin embargo no carece de gracia, ni adolece de obscuro; además aparece parco en prodigios y arengas.

Apiano.—Apiano de Alejandría había quedado poseído de asombro viendo nuevas naciones llegar á ofrecerse á Roma, y á ésta rehusándolas, anhelante ya de conservar y no de adquirir. Pero si encierra de algun modo su talento dentro de los límites de la unidad romana, extiende su atención mucho más lejos; y cuando por su desgracia llega un pueblo á las manos con Roma, él se para á estudiarlo y á exponer sus vicisitudes con el intento de dar importancia á las demás naciones, cuyo

(15) Josefo copia en su *Vida* cap. XXXII, estos dos billetes de Agripa: «He leído tu libro con sumo gusto y me parece que lo has hecho con más exactitud que ninguno de los que han escrito sobre estas cosas. Proporcióname los siguientes.»—«Según has escrito parece que no necesitas ningún informe para enseñarnos á todos lo que ha acontecido desde el principio; sin embargo, si vienes á verme, te revelaré yo mismo muchas cosas ignoradas.»

nombre no pronuncian Tito Livio ni otros escritores, sino cuando proporcionan á los romanos la ocasión de un nuevo triunfo. Nos quedan suyas las guerras púnicas, las de Mitrídates y de la Iliria, cinco libros de la guerra civil y algunos fragmentos de las guerras contra los celtas; este es un monumento precioso. Apiano conocía el arte militar y narró en tono sencillo, lo cual se aviene con la verdad perfectamente; no obstante se le censura por haberse apropiado opiniones y hasta expresiones de autores que ha hecho le paguen tributo.

Pausanias, 174.—Aunque Pausanias en su *Viaje á Grecia* fija principalmente su atención en los edificios públicos y en los monumentos de arte, sirve de grande ayuda para inteligencia de los antiguos tiempos, atendido á que, no contento con describir aquellos monumentos, estudia la historia discutiendo los hechos auténticos y las fábulas. Si á veces observa y recoge con la rapidez de un viajero, en otros momentos examina y pesa esmeradamente. Si hubiera podido prever la tempestad que amagaba sobre el mundo, no se hubiera contentado con rápidas indicaciones, propias para excitar nuestra curiosidad, no para satisfacerla. Su estilo cortado y de una concisión afectada imita trabajosamente el de Herodoto. Natural de Cesárea en Capadocia, visitó la Grecia, la Macedonia, el Asia, el Egipto, hasta el templo de Júpiter Amnón; y parece que se fijó en Roma bajo los Antoninos.

Herodiano.—Herodiano, que escribió en griego, nos ha dejado ocho libros sobre la historia de los emperadores desde la muerte de Marco Aurelio hasta la de Máximo y la de Balbino; declara no haber referido cosa ninguna de que no haya sido testigo ocular. No se ocupa de cronología ni de geografía, pero escoge con buen criterio y narra con brevedad los hechos más adecuados para dar á conocer una época sin ventura, en que la política no podía ménos de obedecer á las circunstancias, y en que la paciencia de los romanos alentaba los excesos audaces de sus señores.

Dion Casio, 229.—Autor más importante es Casio Coceyo Dion, de Nicea en Bitinia, que elevado á las más altas dignidades por Cómodo y por sus sucesores, escribió en ocho décadas la historia de Roma desde Eneas hasta el emperador Alejandro. Fuele impuesta esta tarea por un sueño; y tenía tanta fe en lo que soñaba, que dedicó una obra especial á ello. Diez años empleó en reunir los materiales y doce en escribir su narración que hasta la muerte de Heliogábalo es sumamente detallada; después no se halla más que un compendio. Exacto en las cosas que ha visto por sí propio, carece en lo demás de carácter peculiar suyo; y compila más que medita: se queda muy atrás de Tucídides, á quien se propone por modelo, tanto acerca del modo de escribir como del pensamiento. Claro, aunque incorrecto y abundante en paréntesis, siembra su relato de prodigios y ensueños. Os dice que el sol se mostró unas veces más grande y otras más pequeño que de costumbre, antes de la jornada de

Filipos (16). Vespasiano curó á un ciego con su saliva: en Egipto se apareció el fénix el año 790 de Roma (17). Maltrata á Cicerón, á Bruto, á Séneca, á Casio y á otros personajes ilustres, sólo porque son republicanos, y casi es el único entre los antiguos que se adhiere al partido de César y de Antonio; por lo demás nunca cesa de sostener la legitimidad del gobierno imperial. Como había recibido la investidura de altas funciones, dá esmerada cuenta del orden de los comicios, de la institución de los magistrados y de las modificaciones que experimentó el derecho público. Es, pues, de sentir extremadamente que gran parte de su obra haya parecido, así como su historia de los persas y de los getas.

Diógenes.—El epicúreo Diógenes Laercio vivió bajo Antonino; sus *Vidas de los filósofos*, aunque hechas de prisa y alteradas en muchos pasajes, nos han conservado las opiniones de un gran número de escuelas.

Filostrato.—Escribió el ateniense Filostrato la vida de Apolonio de Tiana; además cuatro libros acerca de los cuadros que adornaban el pórtico de Nápoles, sin contar las vidas de los sofistas, un tratado de los héroes y otro de las epístolas familiares.

Plutarco.—Plutarco, el más divulgado de los escritores de la antigüedad, nació cincuenta años después de Jesucristo, y quizá fué maestro en filosofía de Adriano. Se le deben las *Vidas comparadas de los hombres ilustres*, en que coloca siempre á la vista un griego y un romano. Nos anuncia que escribía en Queronea de Beocia, su patria, pequeña ciudad poco provista de recursos para el estudio; y no la abandonó á pesar de todo. ¡Cuán inmensa debía ser su biblioteca!

Con efecto su erudición no es producto de un estudio que le asimilara los conocimientos adquiridos en una porción de autores; pues no hace más que citarlos de continuo, y pasearnos de asertos en asertos que se contradicen amenudo, sin que se tome el trabajo de resolver la dificultad (18). Se apoya también en los monumentos y en las actas públicas, si bien con frecuencia se equivoca, porque ignoraba las lenguas extranjeras y hasta el latín, aunque había residido en Roma. Conocía perfectamente que le hubiera sido agradable y provechoso aprenderlo; pero no lo estudió á causa de la dificultad, y de que hubiera necesitado para esto más juventud y más ocio. Con esto se expuso á crasos errores; y prescindiendo de los que comete parcialmente, su costumbre de no colocar los sucesos en el orden cronológico produce confusión grande, aumentándola con alusiones frecuentes y

(16) Libro XLVII.

(17) Libro LVIII.

(18) Cita doscientos cincuenta autores de los cuales se han perdido ochenta.

obscuras y con viciosas digresiones de moralidad (19), que revelan la ausencia de un pensamiento fijo y fecundo.

(19) Elijamos solamente la vida de Demóstenes.—«En aquel tiempo conduciendo al parecer hacia su fin un funesto destino la libertad de Grecia, se opuso á lo que intentaba Demóstenes é hizo aparecer muchas señas anunciando lo venidero. También la Pitia profería oráculos terribles y se repetía además este oráculo antiguo sibilino, etc.

»Dice que el Termodonte es un pequeño arroyo que resbala cerca de nuestra ciudad de Queronea y desagua en el Cefiso. No sabemos que al presente exista ninguna corriente con este nombre, si bien pensamos que el que se llama Emon ahora, es precisamente el Termodonte de entonces: se desliza cerca del templo de Hércules, donde acampaban los griegos, y se conjetura que habiéndose llenado de sangre y de cadáveres durante la batalla, hubo de cambiar posteriormente de nombre. Duris asegura que el Termodonte no era un río, sino que al cavar en torno para levantar una tienda, encontraron algunos una pequeña estátua con ciertos caracteres indicativos de que representaba á Termodonte, llevando en sus brazos á una amazona herida, y cuenta que había allí también en aquella ocasión otro oráculo diciendo etc... De consiguiente, es difícil determinar lo que es realmente, etc.

»Contábase en aquel número Arquias que fué nombrado enseguida Figadoteris. Es fama que, turiano de origen, había representado en otro tiempo tragedias; también se cuenta que fué discípulo suyo aquel Polo de Egina que superó á todos los demás actores. Pero Hermipo enumera á este Arquias entre los discípulos del orador Dácrito; y Demetrio dice que frecuentó la escuela de Anaximenes. Este Arquias, pues, arrastró fuera del templo de Ajax en Egina al orador Hipérides, á Aristónico, á Maratonio y á Himereo hermano de Demetrio de Faleria, que allí se había refugiado, y los envió cerca de Antipatro á la ciudad de Cleone, donde fueron muertos: dicese que á Hipérides le cortaron la lengua. Sabedor luego que Demóstenes se mantenía suplicante en Calauria dentro del templo de Neptuno, se trasladó allí en una barca con satélites tracios, y quiso persuadirle que abandonara aquel albergue para ir cerca de Antipatro, cual si no tuviera que temer ningún mal tratamiento. Pero casualmente Demóstenes había tenido aquella noche un extravagante sueño, pues le había parecido luchar con Arquias en la representación de una tragedia, y aunque salió airoso y á satisfacción de la asamblea, había quedado inferior en galas y magnificencia. Por eso habiéndole dicho Arquias mil palabras llenas de humanidad, le miró fijamente; y sentado como se hallaba, le habló de este modo:—«¡Oh Arquias! No has podido conmoverme en la representación, tampoco me conmoverías ahora con tus promesas.»

»Ariston cuenta que Demóstenes chupó el veneno de la caña, como se ha dicho; y un tal Papo, cuya historia fué escrita por Hermipo, asegura que después de haber caído junto al ara, se encontró sobre una tablilla el principio de una carta en que estaba escrito de su puño *Demóstenes á Antipatro*, sin que pudiera leerse otra cosa. Añade que habiendo producido extrañeza una muerte tan repentina, los tracios, que se hallaban á la puerta, contaron que había sacado algo de un lienzo, y que cogiéndolo en la mano se lo había acercado á la boca. Entonces fué cuando tragó el veneno, mientras estos creían que se tragaba oro. Interrogada por Arquias una mujer de su servicio, declaró que hacía mucho tiempo que Demóstenes llevaba aquel lienzo consigo como un amuleto. Eratóstenes dice que Demóste-

Dotado Plutarco de gran criterio, pero sin sentimiento del pasado, del siglo, la patria, y la edad, no establece condición alguna entre sus héroes, pintados con los mismos colores: todos dotados de una virtud maravillosa ó de una perversidad infernal, sin esos matices y esa mezcla de bien y de mal que revelan la verdadera fisonomía del hombre. Plutarco no ve más que al hombre de quien habla; le sigue á todas partes, al campamento, á la cumbre del trono, á su morada, al seno de los negocios, recogiendo todas las anécdotas sin discreción ni buen tino, no importándole contradecirse en la vida de otros; de tal modo, que los eruditos discuten acerca de si debe colocarse su obra entre las historias ó entre las novelas históricas. Distra mucho sin embargo de representarnos á los personajes bajo todas sus fases. Pinta á César y á Pompeyo muy diferentes de lo que son en la historia. Cuenta los sueños, las agudezas de Cicerón y no su vida pública; ni aún siquiera ha leído sus arengas. Totalmente desprovisto de inteligencia política, llega á ser más que mediano por poco que fije sus ojos más allá de la vida de su héroe.

En sus paralelos, más ingeniosos que sólidos, dista mucho de la grandeza, de la maestría, y de la profundidad de Tácito; y deteniéndose en semejanzas superficiales, se inclina á favor de los griegos, á fin de demostrar que nunca estuvieron tan envilecidos como en su tiempo. Animado de los autores á quienes consulta, no es siempre buen juez de la virtud; así presenta como heroísmo el olvido de los sentimientos naturales; exalta á las nubes á Timoleón y á Bruto, matando el uno á su hermano y el otro á sus hijos, y atribuye á mérito en Catón lo que debe abominar todo hombre honrado.

Eclético en sus ideas, lo es también en su estilo, medio griego, medio latino, verboso y nada suelto. Pretende reproducir todos los estilos y no puede lograr la energía dórica, ni la elegancia atica, ni la fluidez y armonía jónicas. No obstante, Plutarco se grangea el afecto de sus lectores como hombre sincero, persuadiéndoles de que piensa realmente lo que les dice y no aspira á engañarlos, ni aún cuando él mismo se engañe. Jamás presume de autoridad doctoral: seduce á los lectores hasta la misma sencillez de sus reflexiones, no henchidas de ideas, como las de Tácito, si bien más

nes tenía veneno en un aro hueco, con que se ceñía el brazo. No hay necesidad de mencionar aquí las diversas opiniones de los demás autores que han escrito sobre lo relativo á su persona: sin embargo, no debo omitir que Demócrates, que se hallaba enemistado con Demóstenes, creía que había muerto sin dolor y repentinamente, no por efecto de que hubiera tomado veneno, sino por un beneficio y una providencia de los dioses, que quisieron arrancarle de la crueldad de los Macedonios.»

Es inútil multiplicar esta clase de ejemplos con que se tropieza á cada paso.

conformes al buen sentido de todos: en general, basta á los lectores que el historiador les sugiera precisamente lo que ya se ha presentado á su mente. Da también atractivo á su lectura el retrato de las costumbres y la grandeza de los hombres á quienes pinta, los cuales, mostrándose como lo permitía la constitución de la sociedad antigua en todas las partes de la vida política, se hacen admirar por un efecto de imaginación hasta cuando la razón los reprueba.

Plutarco compuso otras muchas obras: de este número son las *Cuestiones romanas*, que tratan del origen de ciertos usos en aquel pueblo. Examina por qué al celebrarse un matrimonio se dice á la nueva esposa que toque el agua y el fuego, y á causa de qué se encienden cinco antorchas, ni más ni menos; por qué al regresar á sus hogares los viajeros á quienes se ha creído muertos, no deben penetrar en su recinto por la puerta, sino bajando por el techo; por qué se cubren la cabeza para adorar á los dioses; por qué empieza el año en enero; por qué las tres partes del mes no tienen igual número de días; por qué ninguno emprende un viaje el día de las calendas, de las nonas y de los idus; por qué las mujeres besan á sus parientes en la boca; por qué están prohibidas entre marido y mujer las donaciones. Si las soluciones son á menudo insubstanciales, suministran á veces preciosos datos sobre las costumbres.

Dedicóse á investigaciones semejantes acerca de los griegos en sus *Cuestiones helénicas*, ocupándose en penetrar en el fondo de las cosas más extrañas referidas en su historia. Averigua, por ejemplo, el motivo por que durante la solemnidad de las tesmoforias ponen mujeres eretrias á secar al sol sus viandas en vez de asarlas al fuego; de donde provienen los distintos proverbios, y así sucesivamente. En seguida establece un paralelo entre los sucesos griegos y los sucesos romanos, para probar que los primeros se reputan erróneamente como fabulosos, pues se encuentran otros análogos en la historia verdadera; tarea inmensa, que fué mal desempeñada. Su tratado *De la fortuna de los romanos y de la de Alejandro*, en que acomete la empresa de demostrar que los unos se lo debieron todo á la buena suerte y los otros á su propio mérito, es una obra de sofista. Acusa la *malignidad de Herodoto*, más bien que por su celo de la verdad, por amor á la patria.

Si hemos de creer á Plutarco se mostró indulgentísimo con los esclavos; y después de haberse airado muchas veces contra ellos, acabó por vencerse de que valía más echarlos á perder en fuerza de bondades, que pervertirse á sí propio con la ira por querer corregirlos. Hace extensiva su piedad hasta á los animales, diciendo que por nada del mundo vendería un buey que se hubiera hecho viejo en su servicio. Sin embargo, Aulo Gelio cuenta que un esclavo, á quien había mandado dar de golpes, se dirigió á él en medio de sus gemidos, echándole en cara aquel acto de cólera,

cuando lo reprobaba en sus escritos; á lo que respondió el filósofo con sosegado tono: *¿Tengo por ventura el rostro encendido? ¿Se me ha escapado ninguna palabra de que deba sonrojarme? Estos son los signos de la cólera que he censurado en los sabios.* Y habiendo suspendido el ejecutor los golpes durante este coloquio, añadió: *Continúa tu oficio mientras sostenemos ámbos este debate.*

¿Nos detendremos á hablar de las supersticiones en que abundan tan lastimosamente sus escritos? El á quien califican de *juicioso*, cree en el horóscopo de Pirro, en los sueños de Sila, en los cuervos que caen al fragor de los aplausos, en cabezas de bueyes sacrificados que sacan la lengua y lamen su propia sangre. Aguardais á que explique las causas de un gran acontecimiento, y se pone á hablaros de serpientes que fabrican en el tálamo nupcial sus nidos, y de aves de siniestro vuelo ó de fatales presagios; y todo esto con una sencillez y una hombría de bien que demuestra como se rebaja el hombre cuando en vez de religión adopta falsas creencias. Plutarco tiene en sus dioses una fe sincera, como si ninguna palabra hubiera amenazado todavía sus altares. Habiéndose suscitado una diferencia entre él y los deudos de su esposa, poco después de su matrimonio, temiendo ésta que aquel disgusto se sintiera en lo interior de rechazo, invitó á su marido á trepar con ella á la cima del Helicón, para hacer allí al Amor un sacrificio. No fué estéril la peregrinación, pues se amaron más tiernamente. Por largo tiempo fué sacerdote de Apolo Pitio. También se hizo iniciar con su esposa en la cofradía mística de Baco. Jamás le ocurre decir en sus numerosas obras de moral una sola palabra acerca de los cristianos. A falta de pruebas históricas se le podría creer de consiguiente contemporáneo de aquellos antiguos filósofos de quienes copió las mejores máximas, apoyándolas con hechos y embelleciéndolas á veces con vivas imágenes y fieles alegorías.

A la par que estos componían, criticaban ó coleccionaban á otros, adquirieron también los gramáticos y filósofos suma importancia, y así fué dado á la medianía inmortalizar el nombre de algunos genios que de otro modo habrían caído en el olvido. ¡Triste consideración!

Aulo Gelio.—Aulo Gelio ó A Gelio ó Agelio (que ni siquiera el nombre se sabe), que vivía en tiempo de Marco Aurelio, escribió sus *Noches aticas*, compilación de lo mejor que habla oído ó leído, para uso de sus hijos. Aunque en la elección se eche de menos gusto y discernimiento ilustrado, nos ha conservado importantísimas noticias, así como antiguos documentos, asemejándose de este modo á esos museos formados de fragmentos extraídos de ciudades que ya no existen.

Es con especialidad importante el libro XX, en que hace una digresión sobre las XII Tablas. Su estilo, variado según los autores á quienes consulta, es á veces enérgico y bello; pero ya se conoce allí la transformación de la lengua latina, y la afec-

tación del arcaísmo, signo deplorable de decadencia como el chochear de los viejos.

Refiere, que, designado por los pretores para decidir sobre querellas de menor cuantía entre particulares, se presentó un hombre afirmando haber prestado á otro una suma de dinero, lo cual negaba éste. No había testigos ni escritura, si bien el demandante gozaba de buena reputación, y era pésima la de su adversario. Mucho apuraba este caso á Aulo Gelio: sus colegas sostenían que se podía condenar sin pruebas. Favorino le citó el recuerdo de Catón, que en una circunstancia analoga decía que se debía fallar teniendo en consideración la virtud de las dos partes. Pero Aulo Gelio no supo qué decidir en un asunto á su parecer tan embrollado.

Ateneo.—Vivía en tiempo de Cómodo, Ateneo, natural de Naucrates en Egipto. Supone que en casa de un tal Laurencio se hallan reunidas veintiuna personas entre jurisconsultos, médicos, gramáticos, músicos, poetas y sofistas; les hace hablar de todo lo concerniente á los preparativos de una fiesta, como manjares, vinos, vasos, juegos, perfumes y guirnaldas. De aquí toma pie para decir una infinidad de cosas sobre medicina, historia, ciencias naturales y filosóficas, sobre las costumbres y usos públicos y privados de los griegos. Cita más de setecientos autores y los títulos de más de dos mil setecientas obras, tanto en prosa como en verso; y dice haber extractado más de ochocientas comedias de la época alejandrina. Ha podido apercibirse el lector de que infinitas veces hemos puesto á contribución su *Banquete de los sabios*, (*Δειπνοσοφισταί*); y aunque colecciona sin discernimiento, es de sentir ciertamente que esta compilación se haya perdido, á excepción de un extracto de los primeros libros hecho en Constantinopla en tiempos muy posteriores.

Carecen de utilidad para el arte militar las *Estratagemas* del macedonio Polieno, dedicadas á Marco Aurelio y á Lucio Vero; mas nos han conservado muchas noticias preciosas en un estilo ornado con ostentación: consiste la manía del autor en ver sagacidad en todo, de donde resulta que desnaturaliza los hechos y cambia los Aquiles en Ulises.

Sesto Julio Africano, de Emaus, hizo una miscelánea de cosas agradables ó graciosas que tituló *Cesti* con alusión al cesto ó cinturón de Venus.

Flegón.—Flegón de Trallas en la Lidia, Liberto de Adriano, escribió en griego una descripción de Sicilia, de las fiestas de los romanos, y dieciseis libros de las olímpicas y crónicas en que había dispuesto la historia universal con arreglo á los años de las olimpiadas; lo cual daría importancia á su obra, á pesar de la aridez de que se le tacha. Consignó allí en el décimo octavo año del reinado de Tiberio un eclipse tan obscuro, que á la hora sexta se vieron las estrellas, acompañándole un terremoto, y es cabalmente el que mencionan los evangelistas. Nos quedan dos opúsculos suyos: *De*

las personas que han vivido largo tiempo y de las cosas maravillosas, y hubiera podido decir absurdas. Allí describe un hipocentauro cogido en Arabia y llevado al museo de Adriano; y cuenta haber visto con sus propios ojos y en compañía de muchas personas fidedignas, aparecerse una doncella medio año después de su muerte, comiendo y andando, cual si estuviera viva, hasta el momento en que acudiendo sus padres á reconocerla, dijo que con presentarse ponían fin á su nueva existencia, y cayó á sus plantas.

Eliano.—Eliano, que escribió en griego sobre la ordenanza de los ejércitos, no debe confundirse con el que nos ha dejado la *Historia varia* y *el tratado de la naturaleza de los animales*: este últi-

mo salvó en una colección, hecha sin gusto ni crítica, muchos fragmentos de obras perdidas.

A estos autores conviene que se añada Tolomeo Quenno, quien, bajo el reinado de Trajano, compiló en griego las *Nuevas historias de erudición varia*, y Antonio Liberalis que escribió *Metamorfosis*, en tiempo de los Antoninos.

Sería un error creer que estas colecciones y estos compendios tenían por objeto propagar la instrucción en la clase que más la necesita, pues sabido es que esa no estudiaba: su único destino se reducía á economizar trabajo á aquella juventud bien nacida, que por su posición debía saber muchas cosas, y que por la índole de los tiempos y de la sociedad se sentía hastiada del estudio como de todo.